

DESPEDIDA Y HOMENAJE A TERMES

Mereció la pena haber tratado muy intensamente a Rafael Termes. Mi primer contacto fue en la Asociación Española de Banca, al pedirme, como presidente, un informe sobre algunos aspectos de la competencia bancaria. Me alegró hacerlo porque me permitió investigar más a fondo sobre algo que la teoría económica tiene cada vez más claro: las ventajas de la competencia se producen también cuando en el mercado quienes luchan tienen grandes dimensiones. Espolvorear una economía de pymes privadas y grandes empresas estatales, como parecía ser la receta de los años cincuenta y sesenta para las economías occidentales europeas, no tiene sentido si lo que se busca es la eficacia. Una doctrina que bien debiera llegar a nuestro Tribunal de Defensa de la Competencia.

Después le traté, no mucho, sino muchísimo, en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Tradicionalmente, siempre en ella existe alguien que procede del mundo empresarial, porque enriquece lógicamente los debates de la institución. Así ocurría con Termes. Recuerdo de qué modo tomaba yo nota y recogía sus papeles cuando nos exponía,

periódicamente, la situación de la Banca privada en España. Con el discurso de ingreso en esa Corporación de Sánchez Asiaín, se había abierto una ventana a la que se puede llamar nueva banca privada española, la que procede de la reorganización derivada de la larga crisis que padeció nuestro sistema crediticio tradicional, por pretender mantener el modelo surgido en 1900 con la Reforma Villaverde y su repercusión en el Banco de España, desde 1977 —cierre del Banco de Navarra— a diciembre de 1993, intervención de Banesto. Pues bien; de la nueva etapa, y con la experiencia derivada de un banco eficazísimo, el Popular, que había sorteado con sin igual pericia la crisis, Termes nos informaba de cómo iba desplegando sus posibilidades una banca con caracteres notables y crecientes de eficacia como había pasado a ser la española actual.

Termes, además, era un académico ejemplar. Asistía con mucha asiduidad a las sesiones. Discutía, con sentido, todas las materias que merecían la pena. Colaboraba cuando era necesario. Podía discreparse de él, pero había que admitir que los argumentos que defendía no eran precisamente banales. Sus propuestas para nuevos académicos, tampoco eran recomendaciones de gentes de altura escasa. No quiere esto decir que quienes, en más de una ocasión, triunfaron sobre ellos, no fuesen, asimismo, sobresalientes. Afortunadamente, el nivel de las gentes a las que se acude para cubrir las medallas vacantes de la Corporación es muy alto.

No es posible eliminar la campaña inteligente que Termes efectuó, desde hace mucho tiempo, en pro de las ventajas del mercado libre. Ahí están sus libros *El poder creador del riesgo* (1986); *Del estatismo a la libertad. Perspectiva de los países del Este* (1990); *Desde la Banca. Tres décadas de la vida económica española*, en dos volúmenes (1991); *Antropología del capitalismo: un debate abierto* (1992) con 2.^a edición corregida y aumentada en 2001; *Las causas del paro* (1995); el *Libro Blanco sobre el papel del Estado en la economía española*, que dirigió (1996); *Desde la libertad* (1997); *Inversión y Coste de Capital. Manual de Finanzas*, donde se recoge parte de su labor docente en el IESE (1998); la dirección también de *Capitalismo y cultura cristiana* (1999). Aparte, centenares y centenares de artículos. Entre ellos, los que semanalmente aparecían en *Crónica Virtual de Economía*. Había ingresado en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1992. Recibió el Premio Libre Empresa 2002, de la Fundación Rafael del Pino y el Premio Infanta Cristina de

Castilla y León en 2003. Igualmente no se puede dejar de mencionar su labor docente. El IESE es una de las grandes instituciones académicas relacionadas con la economía y la empresa que tiene España. Es una gloria de la Universidad de Navarra, y el centro de Madrid, ahora dirigido de modo magnífico por ese gran economista que es Juan José Toribio, debe muchísimo a la presencia previa en él de Rafael Termes como director desde 1991 a 2000, y desde ahí como Presidente de Honor.

A mi me cayó siempre muy bien porque ni ocultaba sus convicciones religiosas —era numerario del *Opus Dei* y no lo recataba—, ni sus ideas políticas, ni sus opiniones sobre la marcha de nuestra sociedad. Lisa y llanamente, mereció la pena su paso por el mundo.

Puede ser un buen final enviar el mensaje que procede de sus declaraciones a Blanca Sánchez-Robles, en diciembre de 2001: «Digan lo que digan, no sólo se debe ser ético en los negocios o en cualquier otra actividad, sino que es posible serlo. Basta, para ello, estar convencido de que el más alto valor que cada uno de nosotros posee es el valor de ser persona. Y que la dignidad de la persona humana exige que, siempre y en todo lugar, nos comportemos de conformidad con las normas universales e inmutables que el hombre deduce de su propia naturaleza. Si, reiteradamente, lo hacemos así, nuestro valor como persona aumenta. Si actuamos en contra de la norma, es posible que tengamos más, pero valdremos menos; nos habremos degradado; habremos envilecido, en poco o en mucho, nuestra dignidad de persona. Este es el contenido de la ética realista, generalmente vigente hasta la modernidad, y a la que, en el panorama contemporáneo, se oponen las éticas relativistas, subjetivistas, consecuencialistas, proporcionalistas, en las que las cosas no son ya como son, sino como cada cual quiere verlas. Por el contrario, todo sujeto libre, cuando ejercita su libertad de elección, decide lo que quiere hacer, o no hacer, en unas concretas circunstancias de lugar y tiempo, habida cuenta de la intención que le mueve, y ponderadas las consecuencias favorables y adversas de la acción. En este riesgo de la libertad se decide el valor de la persona».

Juan VELARDE FUERTES